



Acción de gracias por la canonización de Santa Cándida María de Jesús

En la oración que refiere el texto evangélico, Jesús testimonia que ha llegado la hora en que se invierten los valores y la gente sencilla, “los pequeños”, pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Inspirándose en la tradición profética, Jesús abandona el concepto de “sabios”, que se atribuían a sí mismos los maestros de la ley; rompió con la autosuficiencia de los “entendidos”, lo mismo que criticó la de los escribas. Este cambio de los “sabios” por los “pequeños”, como destinatarios de la revelación de Dios, es una novedad que refleja la identidad profética de Jesús y expresa la intrepidez de los cristianos. Estamos así en el corazón del Evangelio y en el inicio del cumplimiento de las antiguas promesas, conforme al proyecto de Dios.

Los “pequeños” son en sentido propio los niños. Pero Jesús tiene en cuenta también el sentido metafórico. Algún texto evangélico permite precisar el significado de tal expresión: *“El que acoge a este niño en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado, porque el más pequeño entre vosotros es el más importante”* (Lc 9, 48). Y otros pasajes ponen de relieve los rasgos que identifican a las personas “sencillas” que llegan a creer, tales como el ciego de nacimiento (18, 35-43), Zaqueo (19,1-10), y la misma gente que aclama a Jesús a su entrada en Jerusalén (19, 29-44). Los niños y los sencillos creyentes, los “pequeños”, se caracterizan por su humilde dependencia, su capacidad de escuchar y la amorosa acogida.

Los cristianos primeros no se sentían parte de la élite intelectual de Israel. No desean ni se atreven a llamarse sabios; al contrario, se califican a sí mismos con el término “pequeños”. Al descubrir la atención de Dios a los pequeños dan pruebas de una nueva solicitud social y étnica, es decir, acogen tanto a los económicamente débiles como a los paganos, despreciados en Israel. Así nació una nueva categoría de creyentes; socialmente peor situados, culturalmente menos sabios, pero capacitados para comprender la revelación y dispuestos para afrontar el rechazo de Israel y la persecución de un mundo extraño. El hecho de que la comunidad cristiana se reconozca en la figura de los “pequeños” atestigua que ha reconocido la inversión realizada por la revelación del Padre a través de Jesús. El mismo Hijo, que dice haberlo recibido todo del Padre (v. 22), es también uno de esos “pequeños”.

Dios Padre ha transmitido al Hijo, Jesús, un poder y un saber; y de esta manera el Hijo del hombre ha recibido también una misión de representante. El texto del Evangelio de Mateo revela que entre el Padre y el Hijo existe una relación interpersonal totalmente inédita. El Padre y el Hijo se conocen mutuamente con un conocimiento que está marcado por el afecto tanto como por la inteligencia. Cuanto más se conocen, más



intentan introducir a los otros en el circuito de su conocimiento y afecto mutuos. En esta relación de conocimiento y amor es introducido el grupo privilegiado de los “pequeños”, a quienes el Hijo ha revelado el conocimiento del Padre. Durante mucho tiempo la resistencia humana, es decir, el mal individual y el mal colectivo, hicieron imposible este conocimiento de Dios. En Jesús se ha hecho ahora posible.

La posibilidad del conocimiento de Dios y de su Hijo es el motivo de la dicha de los discípulos, que proclama Jesús en el texto paralelo del Evangelio de Lucas, al decir: *“Dichosos los ojos que ven lo que veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron”*(v. 23-24). En el texto de Mateo, la revelación del misterio de Dios a los sencillos se concreta en la exhortación a acercarse a Jesús en busca de alivio para la fatiga y el agobio; y a hallar el descanso para la vida aprendiendo de él la sencillez y humildad de corazón. Esta identidad de sentimientos cordiales con Jesús hace posible al discípulo cargar con su yugo, que se experimenta como yugo suave y carga ligera.

La enseñanza de Jesús sobre la revelación de los secretos del reino de los cielos a los sencillos y humildes de corazón ha llenado de gozo los corazones de los cristianos y los ha seducido en la búsqueda del conocimiento cada vez más pleno del misterio del Padre y del Hijo, por la acción del Espíritu Santo. En esta búsqueda nos ilumina ahora la enseñanza de las otras dos lecturas de la palabra de Dios.

El texto del Eclesiástico explicita algunos aspectos incluidos en el temor del Señor, que es el “principio de la sabiduría”. En el Eclesiástico, el temor del Señor es equivalente a la fidelidad a Dios e incluye la fe y las obras, el conocimiento de Dios y la conducta de amor a Dios y al prójimo. La afirmación central del texto es **“el Señor es compasivo y misericordioso, perdona el pecado y salva del peligro”**. El temor y la fe bíblicos se basan en la experiencia del Dios compasivo y misericordioso; como Dios es misericordioso, el hombre ha de ser respetuoso y fiel. El temor de Dios así comprendido da fundamento a la confianza, a la esperanza en sus dones y al amor a Dios. Del temor y el amor surge la iluminación del corazón; iluminación desde la experiencia de quien ha confiado y esperado en Dios y no ha sido defraudado; de quien ha suplicado a Dios y ha sido escuchado.

El texto de la primera carta de san Pedro exhorta a glorificar a Dios mediante el amor y el ejercicio de los carismas. El amor es afirmado como rasgo esencial de la conducta cristiana, con capacidad para cubrir la multitud de los pecados. En 1 Pe 4, 1 se afirma que Cristo, con su pasión, ha acabado con el pecado; en 4, 8 se exhorta al amor mutuo, *“pues el amor alcanza el perdón de muchos pecados”*. Poniendo en relación ambos textos podemos entender la pasión de Cristo como expresión concreta de su amor, que ha alcanzado el perdón de los pecados. El amor del cristiano es la exigencia de imitar y seguir a Jesucristo, tomando parte en su entrega a la muerte por amor, para gloria de Dios. Explícitamente enseña el apóstol Pedro a renglón seguido: *“Alegraos... porque compartís los padecimientos de Cristo, para que también os regocijéis alborozados cuando se manifieste su gloria”* (1 Pe 4, 13).



Carlos López Hernández

La vida y la obra de Santa Cándida María de Jesús son un fiel reflejo del ideal de existencia cristiana que nos ha transmitido la Palabra de Dios proclamada en esta celebración.

“Yo, sólo para Dios” respondió JUANA JOSEFA CIPITRIA Y BARRIOLA al don maravilloso de la primera llamada. **“Cuarenta años de vida religiosa y cuarenta años todos para Dios”** pudo decir también y sentirse **“tranquilísimamente tranquila”** cuando la última llamada la invitaba a la unión con Dios definitiva y para siempre gozosa.

Son dos expresiones que encuadran toda su vida. Una vida que se inició el 31 de mayo de 1845 en el caserío de Berrospe, en Andoain (Guipúzcoa), y llegó a su término el día 9 de agosto de 1912, en Salamanca. El 8 de diciembre de 1871, Juana Josefa, Cándida María de Jesús como Fundadora, había iniciado allí la fundación de una Congregación nueva para la educación cristiana de la niñez y juventud y para la promoción de la mujer.

Su condición sencilla, su escasa preparación intelectual, la falta de medios económicos y de ayudas materiales al comienzo de la fundación y durante toda su vida, ponen en evidencia que fue la correspondencia confiada a la llamada de Dios, lo que hizo de ella un instrumento apto para la misión a la cual había sido elegida. Con la apertura de escuelas para niñas y adolescentes de todas las categorías sociales y de escuelas dominicales para jóvenes empleadas y sirvientas, la M. Cándida insertó la Congregación de las Hijas de Jesús en el proyecto pastoral de la Iglesia en el agitado siglo XIX.

La espiritualidad de la M. Cándida estaba fundamentada en los Ejercicios de San Ignacio. Toda la vida de Santa Cándida María de Jesús estuvo invadida por la experiencia y por el sentimiento de la cercanía de Dios, por el amor personal a Jesucristo. Fue la suya una vida empapada de virtudes y de dones del Espíritu Santo, recibidos siempre en profundidad, con auténtica sabiduría. Sin este fuerte sentido sobrenatural, sería inexplicable el trabajo que desarrolló, las obras emprendidas y los sufrimientos soportados. Antes las dificultades habidas en la fundación de un colegio, esperaba en Dios diciendo: **“La cruz está ahora aquí. Permanezcamos en ella”**. Supo siempre proclamar su fe, su esperanza y su amor a Dios con la actitud de quien no se lamenta del presente ni se inquieta por el futuro.

Una característica bien concreta de su espiritualidad es la confianza. La duda nunca turbó la seguridad de la M. Cándida en el poder y en la fidelidad de Dios. Apoyada en la convicción de su pequeñez, escribe: **“Cuanto mayor es mi miseria, más y más espero en la misericordia de Dios”**. Proclamó su esperanza con la generosidad gozosa de quien se abandona en las manos del Padre en quien cree y espera: **“Está puesta en las manos de Dios nuestra causa. Somos Hijas de Jesús. Él nos defenderá de todo mal. Esta es nuestra esperanza y no quedaremos confundidas”**. Su expresión: **“Desconfío**



de mi y pongo toda mi esperanza en Ti, queridísima Madre mía” manifiesta cuánto esperó también de la Virgen, **“Estrella de nuestros caminos”**.

En su vida sobrenatural destaca su espíritu de oración. Podría decirse que es un alma contemplativa, que ora siempre y dedica mucho tiempo a alabar, pedir y agradecer a Dios, nuestro Padre. Con este espíritu tratará de educar a sus hijas y a las jóvenes en sus escuelas.

El modo de orientar su vida a Dios, de aconsejar y aconsejarse, manifiestan el alto grado de prudencia sobrenatural alcanzado por la Madre Cándida. Hacía todo en la vida por la gloria de Dios, y así pide en la Fórmula del Instituto: **“Promover la gloria de Dios y el bien de nuestros prójimos, más que nuestro propio bienestar o utilidad temporal”**.

El universalismo de su carisma: **“para enseñar a internas y externas, ricas y pobres, aquí y allí, donde la mayor gloria de Dios [lo pida]”**, era y continúa siendo un compromiso que merece ser considerado como una intuición de lo que hoy llamamos “justicia social”.

En medio de las pruebas y los sufrimientos, tuvo la fortaleza de mantenerse serena y ser así testigo del poder de Dios. Tenía en el corazón aquella convicción que repetía con tanta sinceridad: **“Sin cruz no se va a ninguna parte. Vengan cruces y hágase la voluntad de Dios”**. Después de una enfermedad, escribió: *“Me dejó muy delicada, pues cualquier cosita me hace daño; mas el poder de Dios es muy grande, pues a pesar de haber pasado una enfermedad tan larga y de sufrir tantos disgustos, todavía vivo, y vivo para padecer más y más por amor de mi amado Esposo Jesús, que mucho más sufrió por mi amor”*.

En el seguimiento de Cristo que, *“siendo rico, se hizo pobre por nosotros”* (2 Cor. 8, 29), son bien evidentes las señales de su desprendimiento de los bienes materiales para dárselos a los pobres: **“Donde no hay sitio para mis pobres, tampoco hay sitio para mí”** respondió una vez, mientras era sirvienta en Burgos. Numerosos testigos han afirmado que vivió en la pobreza, amó la pobreza, sin quejarse nunca de la pobreza personal y obrando siempre con la mentalidad del pobre. Es bien conocido su gran amor por la virtud de la castidad, que la llevaba a decir: **“Tengamos un corazón grande, generoso, todo para Dios y sólo para Dios”**. Fue grande su respeto a la autoridad eclesiástica, representada por sus confesores y directores espirituales, y más todavía, por los obispos y por el Sumo Pontífice, en una obediencia filial para “sentir con la Iglesia”. También para ella, como para Santa Teresa de Jesús, su gloria más grande fue la de ser Hija de la Iglesia.

Como Fundadora y Superiora General fue **“guía de las demás para que todas se animen y sigamos las huellas de Jesús”**; y dócil a la voluntad de Dios en el cumplimiento de su oficio, ejerció su autoridad con espíritu de servicio a las hermanas **“buscando siempre obedecer como hijas al plan del Padre”**.



Carlos López Hernández

Por intercesión de Santa Cándida María de Jesús rogamos a Dios que, por la acción del Espíritu Santo y de sus dones, nos haga renunciar a la búsqueda de la condición de “sabios” y nos transforme interiormente en “gente sencilla”, que gozamos al sentirnos espiritualmente “niños” ante Dios y aptos para entrar en el reino de los cielos, según la condición declarada por Jesús: Si no os hacéis como los niños no entrareis en el reino de los cielos (cf Mt 18,3).

Hoy nos unimos todos a la Congregación de las Hijas de Jesús en su acción de gracias a Dios por la vida y la obra de Santa Cándida María de Jesús. Y le pedimos a la Santa Fundadora que siga intercediendo por sus Hijas y alcanzando de Dios las gracias necesarias para que sean fieles seguidoras de su modelo de santidad y continuadoras de su obra en Salamanca y en los 17 países de Europa, América, Asia y África, en los que actualmente están llevando a hombres y mujeres de nuestro tiempo el Evangelio de Jesús y el testimonio de una vida orientada a la santidad.

Salamanca, 7 de diciembre de 2010